

# HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

## VOLVER A ENGORDAR

- Sí, sí, sí!!! – respondió en voz alta, molesto, mirando perdido a la maldita televisión.

Su hermano no tuvo más que agregar, y dio por entendido lo que había explicado. Así que se dispuso a poner en su lugar aquel envase. Luego se retiró de la cocina – comedor.

Y allí, solo como últimamente lo había estado, Baltasar se quedó.

Se miró el dedo por un instante, y volvió sus ojos a la pantalla.

Volvió su vista al dedo meñique.

Siguió frotándose.

No lo podía creer. Aquellas abejas habían tenido su revancha, aunque sea mínima.

Rato antes, se encontraba sentado a la mesa del patio de su casa, junto a su hermano Salomón, de 32 años, con quien convivía.

Charlaban acerca de lo importante que es el compañerismo.

- Igual, me parece una mierda. – concluyó Baltasar, vestido en pantalones cortos, y luciendo su delgado físico de 50 kilos para su metro ochenta de estatura.

- Pero, por qué hablás así? – se molestó Salomón.

- Porque es así: la amistad y la comprensión hacen sentir a la otra persona como en casa. Pero no dura. Y cuánto más dure, más duro va a ser aceptar que todo es eventual, una fantasía... - y prosiguió en explicarse. – De por sí, creo que todo es eventual. Quizás nada exista. Quizás seamos parte de la fantasía de alguien,... un dios, no sé. Quizás seamos pulsos electromagnéticos que movilizan una máquina... una computadora. Quizás seamos un cuento de algún autor. Todo mientras nos creemos que es real. Pero ante el “quizás sí, quizás no”, estoy seguro que el compañerismo no existe. Te lo puedo decir por la gente que conocí.

- Otra vez vas a sacar el tema de tu novia?

- “Ex” novia! – y mordió un trozo del emparedado de jamón y mayonesa.

Hacía tiempo que no comía pan y mayonesa, y los fiambres siempre venían en cuotas bajas. Aquella tarde, había encontrado un sistema para comer lo que sea, sin restricciones, sin engordar.

Mascó el trozo por un buen rato, y cuando el bolo alimenticio perdió su gusto y consistencia, se asomó desde su silla, para escupir la comida a un balde que había colocado estratégicamente.

- Vas a seguir con eso? No te das cuenta que estás enfermo?

Realmente no lo sabía. Era un perfecto anoréxico, un destroz mental ambulante con una vida sin sentido, tan sólo basada en esa diabólica dieta.

Minutos después, era picado por una abeja.

Se frotó el dedo con más fuerza, con más saña. No sólo no dejaba de arder, tampoco bajaba la hinchazón.

Alcanzó el vaso con agua y bebió un último sorbo. El gusto a purga que tenía le relajó la lengua, y sacudió su cara del asco.

Pero valía la pena: la purga en pequeñas dosis lograba que Baltasar pueda defecar con mucha más frecuencia y no almacenar excrementos, los cuales lo ganaban en peso y estómago. Por otro lado, entendía que cada excremento que no era eliminado pronto, podía darle grasas extras a su organismo.

Tosió.

Se rascó la mejilla.

Continuó mirando la televisión, y con el tema del dedo.

Hacía catorce meses que había comenzado con esa dieta enfermiza, justamente al día siguiente en que se dispuso a ser alguien en Tammerlane.

Y es que Baltasar había sufrido la condena de ser gordo, obeso, excedido de peso. Había sido apartado, molestado, herido tanto física como sentimentalmente. Había estado solo, había sido maltratado y bastardeado, tan sólo por su exceso de peso.

Pero una noche, a sus 20 años, dijo basta...

- Así que vas a hacer dieta? – le preguntó el kiosquero de la cuadra de su casa, mientras que Baltasar abonaba un alfajor triple de chocolate, y explicaba que ese bocadillo sería el último de su historia.

- Sí. Por qué? Tiene algo de malo la dieta? – dijo serio, atajándose.

El kiosquero le entregó el vuelto, lo miró a los ojos, y antes que pudiera decir algo, comenzó a reír a carcajadas. Pudo calmarse y finalmente decir...

- Perdón. Pero... es que...

- No me creés? Pensás que es imposible?... Ya vas a ver cuando adelgace, y haga lo que quiera con todas las mujeres de Tammerlane...

- No quiero saber más nada!! – le respondió ella, llorando de la bronca.

Era la tercera vez que Baltasar le metía los cuernos con otra chica.

- La segunda! – respondió él, delgado, bien vestido, bien parecido, y en el mejor estado de su vida.

Magalí se puso de pie, tras compartir como asiento al borde de la cama de la casa de su novio.

- Como digas, Baltasar... - dijo ella, limpiándose el rostro. – Y no quiero discutir más. Estoy cansada y me quiero ir a casa a dormir.

Baltasar se puso de pie, y la rodeó con el brazo.

- Me vas a dejar así porque sí?... – y su ego pudo con él. – No te das cuenta que estás dejando al chico más lindo del Pueblo?

Magalí lo miró. No lo podía creer.

- Soy alto, delgado, pelo oscuro, barriga delgada, músculos marcados, hermosos ojos y hermosa boca... Y hago bien el amor.

- A veces prefiero haberte conocido cuando eras gordo... - le dijo la chica, serena, pero con y asco. – Te escucho y no lo puedo creer. Dónde dejaste el respeto?

- El respeto es eventual. Si sigo siendo el tipo bueno que fui, vas a tratar de pasarme por encima algún día, como todos los que me cagaron la vida...

- Lo que pasa es que sos un gordo resentido de mierda!

Ella había ganado más furia y volvía al ruedo, elevando el tono.

- Gordo? Yo?! – y Baltasar le levantó la remera para mostrar su cuerpo delgado, sus costillas marcadas, y las ancas asomando. Tenía un gesto necio y de ira grabado en aquel rostro casi cadavérico. – El “Gordo” está muerto. Ahora podés llamarme “Baltasar”. – ironizó.

- El gordo sigue adentro, oculto. Y cada vez está peor. Sabés por qué? Porque es un gordo resentido. Un gordo disfrazado de flaco que viene a vengarse de cualquiera por las burlas que le hicieron!

La chica tenía razón, y con esa razón se dio media vuelta y se marchó. Y con ella, se fue la última persona de su vida.

- Se lo merecían! Se lo merecían, y me hacen esto!

Continuó frotándose el dedo, mirando televisión.

Estaba solo, cansado y perdido.

Por un lado, tenía la bronca de ser y no poder seguir siendo: había perdido amistades que se había ganado a medida que adelgazaba. También mujeres. Finalmente, Baltasar había perdido las ganas de todo.

Por otro lado, había crecido en desquicio, y aquella dieta en un extremo donde incluso habían desaparecido las frutas y verduras. Cualquier proteína significaba sobrepeso, y por ende, pérdida del estatus.

De esa manera, había llegado a estar esquelético, un manojo de nervios, olvidándose quién era realmente: un ser bueno, una vez obeso, pero que siempre se había brindado a todos de forma humilde.

- Una de las actitudes que tomé para con la gente, fue “No ser el mismo de antes.” Antes, por ser bueno, era pisoteado... sencillamente por gordo bueno. A la gente le gustan los callados, los serios, los fríos, los vacíos, aquellas personas enigmáticas e inalcanzables, graciosas, con cierto nivel de pensamientos que a la vez son todo un misterio. En eso me convertí, y eso seré el resto de mi vida.

Estaba sentado a la mesa, en el patio, aquella tarde, rato antes de la picadura de abeja, comiendo y escupiendo la comida.

- Adoptaste una actitud y dejaste de ser vos. – insistió Salomón.

- Y qué otra cosa soy yo, sino una persona que se adaptarse a los tiempos y gente que corren?!

Baltasar entendía que la amenidad era grado de estupidez. Ser un “buen tipo” significaba salir perdiendo. Pero se equivocaba en algo especial: si bien era ese tipo callado, sereno, relajado y misterioso, se la pasaba todo el día llamando la atención de la mano de su ego e ira.

- O sea, te justificás?

- No me justifico. Es así. Sencillo, simple, y de esa forma.

La dieta había traído un buen cuerpo, una buena presencia, y por sobre todas las cosas una personalidad siempre chocante, la cual siempre iría a tener la última palabra.

Oyeron el zumbido y los hermanos miraron a un lado.

En el jardín se había llenado de abejas, docenas de ellas. Los insectos estaban sobrevolando una rosa mosqueta, bañándose de sus mieles.

- Son esos bichos culones y golosos. Vamos a darle duro!

Se puso de pie desaforado, tan demente como un niño indomable. Se quitó una hojota y salió a atacar.

Comenzó a golpear a cada uno de los insectos que tuviera a mano, tal como si fueran pelotas de tenis.

Eran demasiadas abejas como para divertirse.

- Son muchas. Es la octava que encontramos. – dijo Salomón, parado frente a la rata muerta en el comedor de la casa.

Desde que se habían mudado a esa casa, hacía dos años, el tema de las ratas había sido un verdadero problema. En un principio, las ocasionales apariciones de los roedores a cierta distancia, habían sido tomadas como una sorpresa natural, y hasta graciosa. Pero, meses después, las ratas colmaron la paciencia de los hermanos, y Salomón comenzó a envenenarlas. Tiempo después, los venenos dejaron de surtir efecto, y las apariciones volvieron a sucederse.

- Y qué mierda podemos hacer?! – dijo Baltasar, en cuero, mostrando su delgadez a la casa. – Mudarnos a otro lado? Ni lo pienses! Ya bastante nos costó mudarnos acá, para empezar de nuevo. Yo opto por lo segundo...

Hablaba veloz, alterado. H hacía días que se había separado de su novia, y estaba sin amigos con los cuales salir a distenderse. Todo era soledad frenética. La falta de proteínas en su cuerpo y cerebro, habían afectado sus movimientos, los cuales eran veloces, extraños, casi enfermos. Incluso había adoptado ciertas manías raras como rascarse el culo y olerse los dedos.

- Lo decís en serio? – le preguntó Salomón, mientras que su hermano terminaba de armar una bomba molotov.

- Cuando hablo, hablo en serio. Y lo que dije, lo hago.

Tomó el encendedor con el que encendía sus tantos cigarrillos diarios, los cuales servían para herir sus células y mantenerlo más delgado. Prendió la mecha de la bomba, salió al patio, llegó al jardín y lanzó la molotov al patio trasero de su vecino. El hombre se llamaba Niceto, y recolectaba cartones, latas y cables en las calles de Tammerlane, y se lo entendía como culpable de la invasión de ratas.

Cuando la bomba estalló, el fuego hizo contacto con el galpón de almacenamiento. Horas después, la policía no comprendía el motivo del incendio de la casa del anciano.

- Bien hecho! – le dijo Salomón, cuando Baltasar regresaba con el meñique picado por una de las abejas.

- Callate la boca y no molestés!!! – gritó – No es gracioso. Duele mucho!!! Arde! - siguió de largo, llegó a la cocina, y bajo el agua fría, luchó para sacarse el aguijón.

- Sabés lo que te va a pasar? – le dijo su hermano, en tren de broma, entrando a la casa, en búsqueda de lo que estaba hirviendo. – Se te va a

hinchar el dedo. Y la mano. Y el brazo. Y el pecho. Y la panza. Y la cabeza. Y vas a explotar. Vas a explotar como una de esas ratas envenenadas. Vas a hincharte para volver a ser el gordito que siempre fuiste...

De vez en cuando, el hermano mayor se sumaba a la inmadurez de Baltasar, y le seguía el juego para enroscarlo.

- Callate de una vez, mierda!!! Que esto duele mucho!!! – se defendió el histérico, y tomó asiento a la mesa, frente a la televisión.

La picadura le estaba quitando presente y el futuro inmediato, donde retomar su rutina de ejercicios para seguir adelgazando, y mantenerse marcado y en forma por siempre.

Salomón apagó la hornalla, tomó el jarro y vertió el contenido en el envase. Tapó el envase y se dispuso a lavar con lavandina cada uno de los utensilios que había utilizado para preparar su famoso veneno casero.

Si bien las exterminaba con venenos comprados en locales, sabía algunas cosas de química. Así que se había animado a acabar con las últimas ratas sobrevivientes del incendio, de una manera más violenta.

Llevó el envase con el voraz veneno a la heladera. Tenía que para darle enfriarlo, para luego servirlo.

- Mirá que dejo el veneno en la heladera. Está en el envase de yogurt. No se te ocurra tomarlo.

- Sí, sí, sí!!! – respondió en voz alta, molesto, mirando perdido a la maldita televisión.

El dedo estaba completamente colorado, hinchado.

- Puta abeja! Puta abeja!

Quitó su vista del dedo y se volvió a la pantalla. Por fin había aparecido el personaje que había estado esperando: el famoso dietólogo Johan Chamelk.

- Con las pastillas que he creado, no sólo van a perder peso, sino que van a perder las ganas de comer. Van a descubrir que el día tiene otro uso, aparte de la comida. – una pausa. – Ahora sí, y antes que me vengan con juicios para sacarme dinero: aclaro... - y apuntó a la cámara- ... el calcio, las vitaminas, y las proteínas hacen que uno siga en pie. Por eso, compre mis pastillas, no coma, pierda kilos, pero déle energías a su cuerpo!

- Y que mierrrda le doy?! – preguntó al televisor de 17 pulgadas, en un gesto retorcido, lleno de furia y hambre.

- Un buen ejemplo es el yogurt. Si no hay vitaminas, el cuerpo se puede convertir en un lugar hostil, nervioso, neurótico. Con ello sólo lograremos perder a nuestros seres queridos.

El ego de Salomón tragó saliva y se escondió como un niño asustado, detrás de aquel rostro que de alguna forma había alcanzado a comprender la indirecta de los rayos catódicos: dentro de su locura, alcanzó a recapacitar con velocidad, y supo que su desesperación era producto de su bizarra dieta, basada en no comer, fumar y ejercitar.

Se puso de pie sabiendo que su personalidad había cambiado para mal, como todos le decía. Por eso lo odiaban, lo esquivaban, lo despreciaban.

Miró a su alrededor, desesperado, como si fuese el último minuto de vida. Vitaminas, proteínas.

Llegó a la heladera, miró en su interior.

Yogurt.

Extendió su brazo delgado, tomó la botella con sus huesudos dedos, la alzó, y se la llevó a aquellos labios carnosos que desbordaban en aquel rostro formato calavera.

Minutos antes, cuando aún era flaco, loco y necio, había pasado por alto lo que los demás le decían, tan solo para fijarse y encerrarse en sí mismo. Comprendió pues, que se había jugado contra sí mismo.

Bebió un sorbo y tragó.

Inmediatamente, se hinchó como un cerdo y todas sus venas colisionaron en estallidos de sangre que se derramó en todo su interior.

Cayó muerto al piso, irónicamente vuelto a engordar.

Cayó muerto al piso, obeso, pero al final de cuentas consciente de haber aprendido la macabra lección.

FIN

*Por eso... digámosle sí a las proteínas, vitaminas y calcio!  
Es un consejo de Ministerio De Salud De Tammerlane.*

---

HISTORIAS DE TAMMERLANE ES © 1998 – 2006 FEDERICO TARÁNTOLA

[federicotarantola@yahoo.com.ar](mailto:federicotarantola@yahoo.com.ar)

[aceitedecastor@yahoo.com.ar](mailto:aceitedecastor@yahoo.com.ar)

[www.tammerlane.com.ar](http://www.tammerlane.com.ar)